

PREGÓN SEMANA SANTA 2022 ALBACETE

-SALUDO A LOS PRESENTES Y AUTORIDADES

Señoras, Señores,

En esta tarde de viernes, agradezco muy especialmente la invitación recibida de la Junta de hermandades y cofradías de Albacete porque me ha permitido regresar a esta tierra que también considero mía, al menos en una cuarta parte de mi sangre. Tengo dos abuelos alemanes, por parte de madre, y, por parte de padre, dos españoles. Una abuela madrileña y un abuelo de Albacete, Faustino López González, nacido en Pozohondo en 1896, en una humilde familia manchega. Hoy es, en este sentido, un día grande también para mi padre. Desgraciadamente nuestra relación con esta tierra se desdibujó porque los bisabuelos, Antonio López y Benita González, murieron jóvenes y los niños ingresaron en un orfanato. Después emigraron y mi abuelo acabó en Madrid, trabajando en imprentas y periódicos como corrector, concretamente en los diarios “El Sol” y “La Voz”. Era lo que se llamaba entonces un obrero ilustrado, que votaba a Azaña sin

estridencias. Recuerdo bien su erudición, su amor por la cultura y su devoción por El Quijote. Había distintas ediciones de la obra magna de Cervantes por la casa de mis abuelos y recuerdo las anotaciones en los márgenes, por deformación profesional del abuelo, que seguía corrigiendo todo lo que caía en sus manos. También había estatuillas de madera o metal de Don Quijote y Sancho Panza y él era capaz de recitar de memoria pasajes enteros de Don Quijote de La Mancha. De su pasión por el arte y la literatura aprendió mucho mi padre, que visitó con él los museos madrileños, el cine y los libros. Así que, en cierto modo, la vocación de mi familia, de mis hermanas y mía, se le debe al abuelo Faustino López González, de Pozohondo. Para mí es un honor y un motivo de emoción reencontrarme aquí con esta tradición y con ustedes. Gracias de corazón.

-Mis conocimientos sobre las celebraciones de la Semana Santa en Hermandades y Cofradías son pobres. Mi madre fue luterana antes que católica y no practicábamos en mi infancia. Madrid es muy grande, además, y tanta población diluye las tradiciones. Era minoría la gente que seguía las

procesiones cuando yo era pequeña, aunque mi padre me llevó a alguna. He de confesar que crecí con ciertos prejuicios “anti semana santeros”. Participaba de la idea de que se trataba de gestos exagerados, de una exaltación innecesaria del dolor de la pasión y creía que se seguían esos gestos por costumbre superficial. A medida que me fui acercando a la fe católica, primero gracias a las monjas Mercedarias de la Caridad con las que me eduqué y después cuando conocí el movimiento católico Comunión y Liberación, nació un respeto mayor. Hace años conocí la Semana Santa de Málaga o la de Murcia y, hace cuatro o cinco, al ser invitada a Sevilla por unos amigos entre los que estaba Carlos Herrera, quedé deslumbrada. Por la belleza primero, por la fe de la gente después y finalmente, porque comprendí la profundidad vertiginosa de la religiosidad popular y su capacidad de educar.

Ahora soy una rendida admiradora de la Semana Santa española, un fruto admirable del Concilio de Trento. Pero a ustedes no puedo enseñarles nada sobre ella. Conocen cuanto acontece en su ciudad -aunque sea mía un poquito también- mucho mejor que yo. Con humildad he decidido que nada puedo aportar sobre la historia, los usos,

los rasgos de la Semana Santa de Albacete, y me dedico a aprender, que falta me hace. Permítanme que les ofrezca, con cierta licencia, otro tipo de Pregón este Año. Al fin y al cabo, es un año especial, tras la pandemia. Todos hemos sufrido. Yo, además, acabo de pasar una enfermedad de dos meses. La más dura de mi vida. Y les aseguro que una madre de tres hijos y una reportera con accidentes desagradables en los Balcanes sabe lo que es el sufrimiento. Por lo tanto, me he resuelto a indagar sobre eso que tanto nos aflige, sobre el dolor. Respeto mucho su tiempo y no estoy dispuesta a aburrirles durante cuarenta minutos y mucho menos hacerles perder el tiempo. Le he pedido al Espíritu Santo que este rato sea una ocasión para ustedes y para mí, un momento verdadero que nos ayude a vivir mejor. Espero que sea una aventura

LA EXPERIENCIA DEL DOLOR

¿Qué puedo decirles del dolor? ¿Quién no ha pasado por él? La enfermedad de un padre o una madre. O la propia. La muerte de un hijo, a veces su muerte espiritual de un hijo, o la apariencia de que se ha muerto. El despido por parte de un jefe

injusto. Una ruptura matrimonial. Un adulterio. El ceder a la tentación y ver que arrasa con nosotros. La pandemia, con sus muertos, con los ancianos encerrados y solos, el confinamiento que nos quitó la libertad alegre de la calle y los amigos. Los niños que han crecido viendo la mascarilla de sus maestros y padres, tanto que muchos ahora tienen dificultades para hablar.

Permítanme cierta confidencia también. El pasado mes de febrero, el siete, fui operada y por primera vez he vivido en el terror. Para bien o para mal, yo siempre había superado el temor. Porque no lo sentía (no soy una persona miedosa por naturaleza) o porque lo superaba. Pero esta vez he pasado por esta operación y una complicación posterior con un dolor extremo.

Durante semanas, días y noches, he caminado por mi casa durante horas sufriendo despiadadamente y agarrada al rosario. No les cuento esto por regodearme. Es para que entiendan que hoy hablamos aquí del peso que cada uno de ustedes puede tener en su corazón. La persona que aman y que sufre. Su propio temor por un diagnóstico, una pena laboral o moral, es cosa de la que hoy vamos a hablar. Nos la jugamos hoy, aquí. ¿Qué hacemos con eso? ¿Hace Jesús verdaderamente

algo que de verdad nos sirva?

Mi única esperanza en estos dos meses era que este nexo con Dios y con la Virgen al que me abandonaba hiciese fecundo aquel dolor, lo hiciese servir para algo. Yo pedía aceptar mi sacrificio, que no comprendía y lo ofrecía. Cristo podía haber resucitado entre gran estrépito, con trompetería y escándalo, para que todos lo viesen triunfar. Sin embargo ha hecho de su camino algo discreto. Bueno, me dije, si Él aceptó, ¿Qué puedo hacer yo sino aceptar?

Pero después, con los días, en la cuarta, quinta, sexta semana de sufrimiento, me consumí. De repente me vi golpeando los objetos, que se me caían de las manos torpemente. Reaccionando con ira. Harta y consumida. Muerta de miedo. ¿Qué podía hacer con esta resistencia y este temor?

Oigan, yo me apunto a la resurrección, claro. ¡Pero es que yo no resucitaba! ¿Dónde estaba ese Dios? ¿Qué es este silencio? ¿Dónde está el Dios que puede hacer que tu hijo empiece a comportarse mejor, que su matrimonio deje de ser

un problema, que su jefe cese en sus excesos?
¿Qué celebramos en Semana Santa? ¿O es que es
todo mentira? Porque puede ser. Incluso ¿de qué
sirve que Él muera y resucite si yo he de pasar
por esta espantosa soledad? ¿Por qué nos ha
abandonado?

CRISTO ELIGE EL DOLOR

Una primera sorpresa en este camino de esta tarde
es que El pasó exactamente por lo que pasamos.
No me refiero sólo a los bofetones, salivazos, a la
flagelación tremenda, casi hasta el
desfallecimiento, al camino de la cruz o a esa
muerte horrible, que por lo visto adviene por
asfixia pero que se prolonga en la agonía porque
el crucificado lucha contra la parálisis y las
contracciones de las piernas y los brazos tirando
de ellos para erguirse y obtener algo de aire y se
estira como puede, hasta que vuelve a cansarse y
vuelve a dejarse caer y vuelve a quedarse sin aire.
Ni siquiera me refiero a ese horror. Me refiero al
miedo, a la angustia, a la perplejidad del Señor.
Cuando Jesús termina la cena Pascual y va con
los discípulos al Huerto de los Olivos, antes del
prendimiento, les confiesa a sus amigos: “Siento
una tristeza mortal” . Mateo como Marcos

reproducen las misas palabras. “Tristeza de muerte”, tanto les impresionó lo que dijo y cómo lo dijo. Fue justo antes de añadir aquello de de “Aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya”. Pero lo alucinante ¡es que Él podía huir! Podía haber evitado todo y sin embargo lo eligió deliberadamente. En Getsemaní, en el Monte de los Olivos, Jesús llama a Dios “Abba”. Papá, es la manera en que los niños se referían a sus papis. Ningún judío se hubiese atrevido a eso. Él habla con su papá y dice: Que se haga tu voluntad. ¿Ustedes elegirían su sufrimiento? ¿El que cada uno lleva en el corazón esta tarde? Porque yo, no.

PEDRO RECHAZA EL DOLOR

De hecho, en ese contexto, hubo uno como ustedes y yo. Pedro. Alguien humano y con el suficiente coraje como para decir lo que los demás seguramente piensan y no dicen. Como hacemos nosotros hoy aquí. Pedro no acepta el sufrimiento, ni la muerte que Jesús elige.

MATEO 16, 21-23

“Ponte detrás de mí, Satanás” Duras palabras.

Benedicto XVI escribe en su libro “Jesús de Nazaret”: “Pedro no se fija en la profecía de la resurrección. Percibe sólo el anuncio de muerte y dispersión. (...) Al ser contrario a la cruz (como yo) no puede entender la palabra resurrección y quisiera el éxito sin la cruz. Él confía en sus propias fuerzas”. ¿Acaso no nos pasa esto? Oiga, si me quitan el dolor, yo renuncio a la resurrección. Total, no me voy a enterar. Y claro, claro que yo busco éxito sin la cruz. Es más, me paso todo el tiempo planeándolo. Con el hijo, elijo sólo la alegría y el abrazo. Con el marido, sólo los viajes y los buenos ratos. En el trabajo, la cumbre con el esfuerzo menor. Y, por supuesto, naturalmente que confío exclusivamente en mis propias fuerzas. Sólo me faltaba dejar mi futuro o la resolución de las cosas a Dios ¡Estaríamos buenos...!

Jesús, todo lo contrario. Erre que erre. Cuando le dicen que es peligroso ir a Jerusalén, y más en fechas tan delicadas como la Pascua, cuando aquello estaba de bote en bote y los jefes de la Sinagoga más alerta que nunca, horrorizados de que hubiese revueltas, allá que se va. Cuando lo llevan delante del sumo sacerdote, que está hasta

las narices y deseando pillarlo y le pregunta solemnemente: “Te conjuro por Dios vivo, dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios” responde: “Tú lo has dicho... y además te digo que veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo”. ¡A la diestra de Dios! Blasfemia. Reo de muerte. Se lo ha buscado.

¿Y con Pilato? “¿Eres tú el rey de los judíos?” Oye... un poquito de respeto, que el rey lo sanciona Roma, que es Roma la que permite que Herodes mande. Pues hala, contesta Jesús: “Tú lo dices”. Vale, “Mi reino no es de este mundo”, ¡pero Rey al fin y al cabo!

Al comienzo de la crucifixión, cuando llegan al Gólgota, le ofrecen un calmante. Vino mezclado con mirra, una bebida que permitía atenuar los dolores horribles. La rechaza. Quiso soportar el sufrimiento totalmente consciente.

A la hora nona la zona se cubrió de tinieblas, hasta las tres de la tarde. Y a esa hora, completamente agotado porque la flagelación había sido tan dura que necesitó del Cireneo para cargar la cruz, Jesús grita: “Eloí, Eloí, lemá sabaktaní”. Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” Y muere. Está rezando, otra vez

hablando con el papá. Repite un salmo, el número 22. Lo raro no es que rece. Tampoco que repita un salmo, los judíos lo hacían y lo hacen, es que el salmo 22 dice: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué no escuchas mis gritos y me salvas?... Todos mis huesos están descoyuntados... tengo la garganta seca como una teja y la lengua se me pega al paladar... taladran mis manos y mis pies, puedo contar todos mis huesos, me lanzan miradas de triunfo, se reparten mis vestiduras, echan a suerte mis ropas...”

Qué curioso, qué extraordinaria coincidencia en un texto que los judíos nunca recitaban pensando en el Mesías. Y el salmo concluye: “ Fuerza mía, apresúrate a socorrerme... cuando le pedía auxilio, me atendió. ¡Viva su corazón por siempre!... Yo viviré para el Señor... contarán su salvación al pueblo por nacer, diciendo: Esto hizo el Señor”

¿Cómo es posible no sólo que el salmo mencione datos tan parecidos a la pasión (pensemos que la colección de salmos estaba concluida, según los expertos, tres siglos antes de Cristo) sino que Jesús esté expresando confianza y esperanza? Yo, esto no lo entiendo. No basta con la resurrección, de verdad. Que Dios me perdone, pero a mí no

me compensa. Aquí tiene que haber otra cosa. Algo más.

EL DOLOR, CENTRO DE SEMANA SANTA

El dolor, os lo comentaba al principio (y ved que ahora os tuteo porque estamos viviendo juntos una aventura profunda y que nos afecta decisivamente) es una experiencia dura y desagradable. La rechazamos como Pedro.

Cuánto sufrimiento hay. La pandemia, la guerra de Ucrania. El holocausto, seis millones de judíos masacrados. La guerra de Camboya, nueve millones de muertos. La segunda guerra mundial, cincuenta millones. Las violaciones. La pederastia. La muerte de los niños. Los asesinatos. La crueldad nuestra, nuestras palabras para herir. Nuestras mentiras. Nuestra hipocresía. Nuestra ira. Nuestra lujuria cuando miramos a los demás para usarlos.

¿Os imagináis que todo el sufrimiento tuviese un sentido, sirviese, estuviese lleno de significado y fuerza? Es casi imposible de imaginar.

Ahora fijáos que nosotros, en España, en Albacete, en Semana Santa no vamos por las calles siguiendo las imágenes de la Resurrección.

O en todo caso, vamos menos días. El domingo. Nosotros celebramos estos días la pasión ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

¿Y qué me decís de los evangelios? Los evangelios son una serie de recopilaciones más o menos desordenadas de los hechos de Jesús. Un evangelista recoge unos; otros, otros, a menudo coinciden, otras veces no. Pero en el momento que Jesús se dirige a Jerusalén y comienza el relato de la Pasión, los textos se ordenan, se repiten y coinciden prácticamente. Son apenas unos días, muy pocos, entre que Jesús dice a los discípulos que vayan a por un burro atado en la entrada de la ciudad, para la celebración de la cena pascual, el prendimiento, el juicio y la muerte. Y si se considera la oración en el Huerto de los Olivos el comienzo propiamente de la Pasión, apenas hablamos de unas pocas horas, desde la noche del jueves hasta la tarde del viernes. Y se le dedica un espacio inusual, sobre todo comparado con los sucesos de tres años enteros de vida pública de Jesús. Extraña insistencia. Hay exégetas, como M. Kähler, que consideran, de forma provocadora pero muy interesante, que los evangelios son “relatos de la pasión con extensas introducciones”.

¿Y qué me decís del tema de la resurrección en los evangelios? ¿No debía ocupar la mayor parte del texto? José Miguel García Pérez, de la escuela de Madrid, escribe en “La Pasión de Cristo”: “ Es llamativo que en los relatos evangélicos no se minimice el dolor de Jesús ni la sensación de derrota que experimentaron sus seguidores. A decir verdad, a la luz del de la resurrección, la pasión podría haberse considerado como un intermedio desafortunado, un suceso de importancia secundaria que, gracias a Dios, fue superado. No se esperaría una insistencia tan acentuada en las escenas dolorosas (...) sin embargo, la luz de la resurrección no favoreció esta visión. No llevó a una religión de evasión. En modo alguno apartó a los cristianos de los aspectos dolorosos de la vida de Jesús. Por el contrario los condujo a valorar toda la existencia de su Salvador y en particular su aspectos más desconcertantes: la contradicción y el sufrimiento. Los relatos evangélicos no presentan huellas de una dulcificación o disminución del tormento y muerte de Jesús a causa de la resurrección”.

SIGNIFICADO DE LA PASIÓN

La importancia de la pasión deviene del significado sorprendente que los cristianos reconocieron en ella. Según José Miguel García Pérez “los acontecimientos desvelaban el verdadero sentido de la vida de Jesús, su verdadera misión. Desde los inicios, los primeros cristianos consideraron los sufrimientos y la muerte de Jesús como la razón de su existencia (...) hablaban de estos acontecimientos con conmoción y gratitud y los anunciaron a todos los hombres”.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible, queridos míos? ¿De qué va esto? Casi todas las tradiciones culturales y religiosas valoran el pasarlo mal por razones educativas. Para que comprendamos lo afortunados que somos cuando no nos faltan la salud o la felicidad. Por comparación. También como una manera de crecer en fortaleza y perseverancia. Pero de ahí a valorar el mal en sí, el dolor, hay un paso inexplicable en apariencia.

Dice Ratzinger: “Desde la cruz viene a los hombres una vida nueva. En la cruz, Jesús se convierte en fuente de vida para sí y para todos. “ ¿Qué es esto? ¿En la cruz, no en la resurrección?

¿Cuándo yo lloraba de dolor? ¿Cuando tú lloras de incertidumbre y humillación? ¡No! Yo digo como Pedro, no.

Y Pablo añade en la Carta a los Hebreos: “Cristo se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna, proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el rito de Melquisedec”. ¿Qué quiere decir el apóstol? ¿Qué nos importa que Cristo sea Sumo sacerdote al estilo judío?

Para entenderlo, tenemos que contextualizar históricamente, con los exégetas, que la pasión de Cristo sólo se entiende con el telón de fondo de la fiesta judía de la Expiación, el Yom Kipur. Se trata del día más sagrado del calendario judío y marca un momento de arrepentimiento, expiación y reconciliación de los pecados a través del ayuno, la oración y la limosna. Mientras existió el templo de Jerusalén, hasta su destrucción, el sacerdote pronunciaba ese único día del año el nombre sagrado de Dios, prohibido de ordinario y para todos. El arca de la alianza recibía una aspersion de sangre de los sacrificios animales. Lo impuro entraba en contacto con lo puro. Se

trataba de restituir la armonía entre Dios y su pueblo, rota por el pecado, restablecer la santa alianza.

En los evangelios Jesús advierte muchas veces que morirá en rescate por muchos. Que Él mismo será el sacrificio expiatorio. Se trata de un situación que, curiosamente, ya había anticipado el profeta Isaías, al menos 600 años antes de Cristo, en un escrito que decía:

ISAÍAS 53

“Cargó con los pecados de muchos” (Is 53, 12)

Una y otra vez, Jesús repite este mensaje. Se ofrecerá en la muerte por los hombres. En el lavatorio de los pies, por ejemplo, que ya hemos comentado con la rebelión de Pedro. O en el sermón del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Con la cruz de Cristo quedan superados los sacrificios del templo. Jesús se convierte en el cordero degollado. Algo nuevo ha pasado. Pablo lo señala en la Carta a los Romanos: “ (Rom 3, 24-25): “Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, pero ahora Dios los salva gratuitamente por su bondad en virtud de la redención de Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho,

mediante la fe en su muerte, instrumento de perdón”. Ya no es la cubierta del arca la rociada con sangre, es todo lo impuro lo que entra en contacto con el inmensamente puro” (Ratzinger, Jesús de Nazaret). “Ésta es mi sangre -dice Jesús en la institución de la Eucaristía- sangre de la alianza, derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mateo 26,28) y en Juan añade: “Doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi padre” (Jn 10, 17-18)

La misión que tenía. Es curioso que los discípulos no entendieron nada por sí mismos. Ni antes, ni después. Eran judíos y en el judaísmo los salmos o los profetas no se leían así. Una y otra vez, cuando les anunciaba que moriría y resucitaría, ellos se quedaban perplejos. Y cuando lo vieron, pese a la violenta sorpresa, seguían perplejos. ¡Tuvo que ser Él en persona el que les explicase las escrituras!

EMAUS (lucas, 24, 13)

Nadie, absolutamente nadie pudo inventarse el cristianismo más que Cristo. La rápida transición desde la más absoluta perplejidad de los apóstoles a la conciencia de que Dios ha aceptado la muerte de Cristo y su dolor como sacrificio por los pecados sólo pudo producirse por la constatación de un hecho tan asombroso como la resurrección. En la resurrección, la muerte del mesías Jesús fue admitida por Dios mismo como expiación sustitutoria válida y eficaz.

Como dice José Miguel Gacía Perez: “Jesús entendió su vida y su muerte a la luz de la figura del siervo de Yaveh del que hablaban los profetas, a pesar de que en la tradición judía anterior no se encuentra una interpretación mesiánica de esta figura y mucho menos se le atribuyera el cometido de expiar los pecados de todos” Es él mismo el que aclara y crea esa relación entre su Historia y los profetas. Él lo sabía. Conocía que su sufrimiento era una fuente de salvación.

Por eso, si conectamos nuestro sufrimiento con el suyo, no sólo nos redimimos, sino que participamos de la salvación del mundo. Éste es

el significado del dolor y el sufrimiento.

Cuando, como os comentaba al principio, yo, que estaba enferma, me enfadaba y entraba en accesos de ira y desesperación, negaba esto. Cedía a la tentación de negar el valor redentor del sufrimiento. Cedía al diablo. Yo no lo sabía, claro. Como Adán y Eva -que interpretaron la presencia de la serpiente como una criatura más del Edén, sin darse cuenta de que era el tentador el que se aparecía ante ellos como un reptil- yo di crédito a la posibilidad de vivir sin el Señor. ¡Si Él no se apiadaba de mí, yo tiraría con mi rabia hacia adelante! El problema, como todas las veces que uno da crédito al mal, es que el demonio miente. No llega liberación alguna, sólo se redobla la amargura.

¿Cómo salí de aquello? Por la Encarnación. Acudí a la carne de Cristo. A los amigos de la Iglesia. Mi amigo Enrique Arroyo, me dijo lo siguiente. “Cristina, Él aceptó el extraño método de la Salvación. Aceptó una redención que no fue inmediata, para todos, no fue una trompetería que hizo enterarse a todos de la Resurrección, sino un fenómeno modesto, que se produjo en el espacio

y el tiempo de Palestina en tiempo de Augusto, y se transmite de persona a persona por los siglos. Acepta tú la historia de Cristo. Acepta su sacrificio, sin que las cosas cambien a tu medida. Cristo murió en la cruz, y parece una derrota. Sin embargo, todo se ha transfigurado gracias a ello. Tu dolor se transfigurará si dices sí, en tu circunstancia, a la victoria de Cristo. Impresiona colaborar así en la salvación del mundo a través de su cruz”.

Y mi amigo Jesús Carrascosa, de 80 años, añadió: “Lo peor, Cristina, es no dejar que tu nada y tu mezquindad sean amadas. Tal vez no puedas impedir que te salga esa mezquindad, pero déjate amar”. Lo que Jesús me estaba proponiendo era que mi dolor y mi amargura fueran abrazadas por Él. No se trataba de dejar la nada o la mezquindad, sino de dejarme acunar por su abrazo.

Finalmente, leí en mi gran amigo Luigi Giussani: “Al rebelarse contra Dios el hombre se adhiere a otra cosa. Se adhiere al mundo, es decir, al poder. Éste se presenta con una forma normal, como la serpiente de Adán y Eva tiene la forma de un

animal más, pero por dentro no es lo que dice ser. Por dentro, no es”. Pensemos en lo que dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. “Yo soy”. La serpiente es lo contrario, es el no ser. Quien sigue al diablo es esclavo y víctima de un principio que lo odia, que no lo ama y que es el mundo. Como dice San Ambrosio: “Mirad cuántos señores tienen los que no quieren reconocer al único Señor”.

Gracias a este encuentro con los amigos de la Iglesia, que son la carne de Cristo vivo, se produjo un cambio en mi corazón. Hoy me sigo enfadando pero, como sugirió Carrascosa, he decidido dejar que Dios ame mi enfado. No he superado mi límite, pero me dejo amar dentro de él. Ahora ya no tengo que censurar nada, ni mi dolor, ni su amor. Ni mi rabia ni su ternura. Ahora soy libre. De enfadarme o no, de amargarme o no, pero ya no me desespero, porque Otro sale valedor por mí. La desesperación es la marca de Judas. Mi oración ha cambiado. Ahora es muy pequeña. A veces sólo el Ángelus. Es sólo eso. Hacerlo, rezar y pensar en el Sí de la Virgen. Mi rezo es más leve y más humilde, como de niña. Es un

leve dejarse hacer. Enfadada incluso. Me limito a vivir la Historia de la Salvación. Porque no soy yo quien hace. Él hace. Yo sólo pido que llegue en mí la plenitud del Ser. Mi sufrimiento, el vuestro también, mirad y pensad la pregunta que nos hacíamos al principio, es fecundo y bueno. Qué misterio.

Que todo sea para Gloria suya.